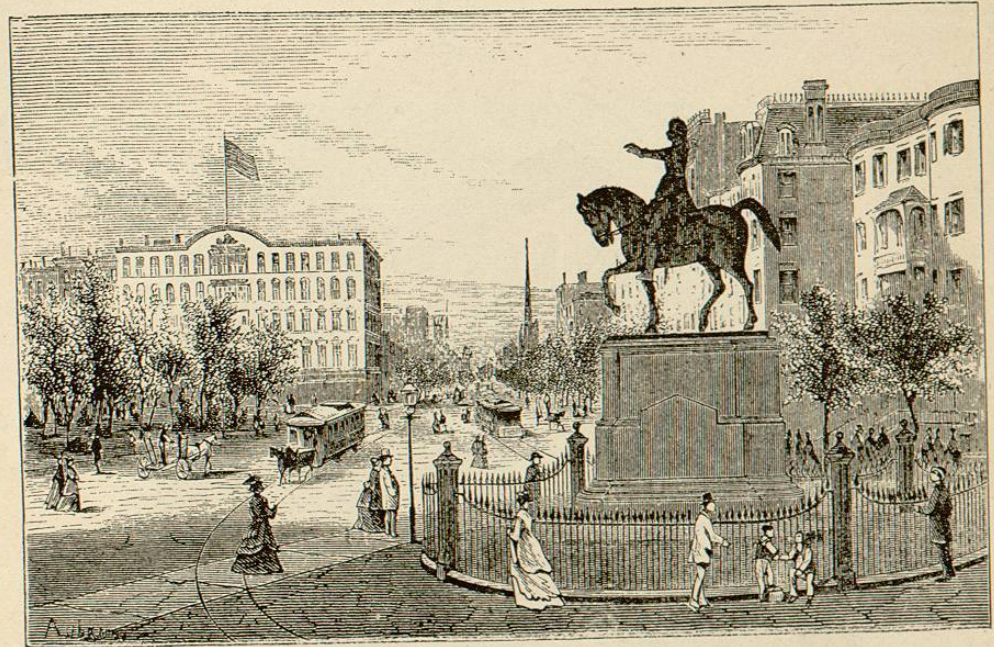


Difícil y peligroso es cruzar esta calle de una acera á otra. Cuando alguna señora tiene que verificarlo, un policía se encarga de contener los carruajes, y á veces la conduce él mismo del brazo.



NUEVA YORK. PLAZA DE LA UNIÓN.

La primera vez que estuve en Nueva York, paré en un hotel francés, de Douane Street, y luego que me hube cambiado de ropa, me dirigí á Broadway.

Eran como las seis de la tarde; al llegar á la calle, ví tal número de personas andando de prisa y tan esmeradamente vestidas, que creí salían de algún teatro ó templo inmediato, en donde habría terminado alguna función; así es que me detuve en la esquina á esperar que acabaran de cruzar para continuar mi camino.

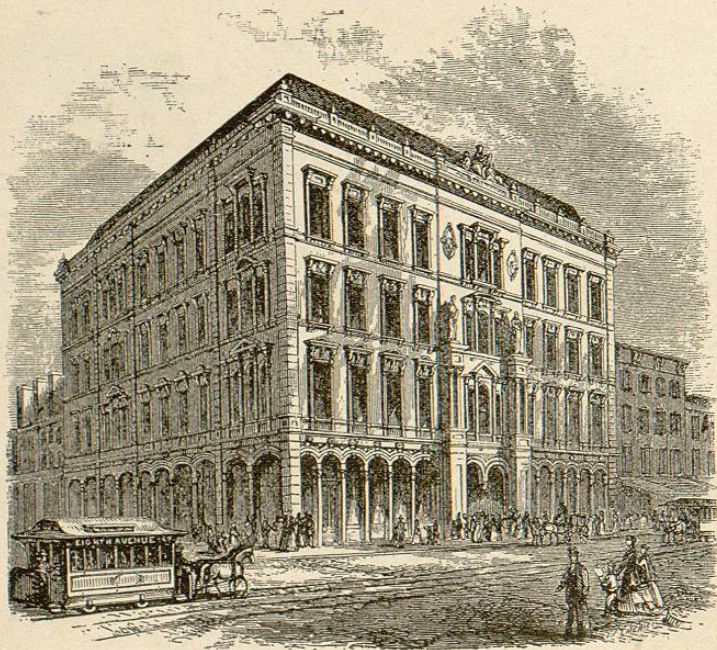
Era una especie de marcha de ocho ó diez personas de frente por cada acera, rivalizando hombres y mujeres en el gusto y pulcritud de sus trajes; esperé media hora, una, casi dos horas..... hasta que riéndome de mi propia candidez, comprendí que era la afluencia ordinaria de gente en esta gran arteria de Nueva York que se llama Broadway.

Los teatros y los templos, si no muy espaciosos, son modernos y de mucho gusto; las campanas están arregladas á una especie de escala en sus sonidos; así es que cuando las tocan, más bien se escucha una música que un

repique. En la iglesia de la Trinidad, hay ocasiones en que con las campanas ejecutan algún trozo de ópera, según me aseguran.

Los hoteles de Nueva York son soberbios y se encuentra en ellos todo el lujo y *comfort* del siglo.

La vida en esta ciudad, puede decirse que es de hotel.



NUEVA YORK. LA GRAN ÓPERA.

Viven en hotel el médico, el comerciante, el abogado, el hijo del comerciante; si una pareja se acaba de casar, en vez de establecer su casa, como en otras ciudades, toma habitación en un hotel.

De aquí resulta que todas las novedades, caprichos y refinamientos de la moda se refugian en los hoteles, y que los muebles, vajilla, decoraciones, elevadores, cuadros y pinturas murales sean de un gusto irreprochable.

Lo que esta vida de hotel influya en las costumbres y moral en general es fácil adivinarlo.

La mujer casada se encuentra libre de todas las tareas domésticas; el aseo y arreglo de su habitación, la preparación de los alimentos, el lavado y planchado de ropa son asuntos de hotel; ella se encuentra enteramente ociosa, y bien sabido es que la ociosidad es madre de todos los vicios.

El marido pasa los días en los negocios, y parte de la noche en las logias ó los clubs: sólo viene á comer y á dormir.

Ella se entrega á la lectura para matar el fastidio de la soledad; pero la lectura cansa pronto, sobre todo á las personas que no son de letras, y entonces, vagar por las calles es la primera idea que le ocurre.



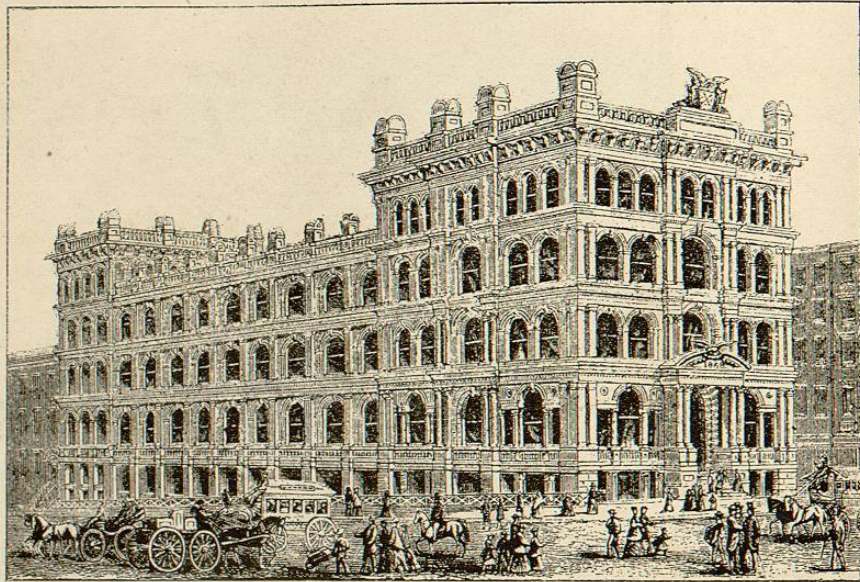
NUEVA YORK. CATEDRAL DE S. PATRICIO.

Aquí la mujer, á todas las edades, y cualquiera que sea su estado, anda sola por todas partes, y aun viaja en los ferrocarriles á largas distancias.

La vista en los aparadores de preciosas telas y deslumbrantes joyas que otras mujeres usan y que ella no puede comprar, porque las sumas que le da su marido no son suficientes, ni lo serán nunca; el ejemplo que á cada instante le dan las beldades pecadoras, y sobre todo, el deseo de emplear en algo las muchas horas que tiene desocupadas, la impelen á entrar en aventuras con

algún banquero ó adinerado turista de los que á cada paso encuentra en las ruidosas avenidas de esta imperial ciudad.

Las neoyorquinas son de un tipo especial; de cabello rubio, tez ligeramente bronceada, y facciones tan delicadas, que á la edad de diez y ocho á veinte y cinco años, parecen ángeles más bien que mujeres.



EDIFICIO DE LA « NEW YORK LIFE INSURANCE COMPANY ».

Las judías, sobre todo, que tanto abundan en las grandes ciudades de los Estados Unidos son de una belleza y hermosura sorprendente: una mirada fija de sus misteriosos, abillantados ojos, es capaz de hacer cambiar de religión al ortodoxo más aferrado.

Tuve un amigo en Nueva Orleáns, que recién llegado de México no hablaba más que el castellano. Le deslumbró la mirada de una judía de origen alemán; él no hablaba una palabra de alemán; ella no entendía una jota del castellano; se vieron, se adoraron, y á los tres días estaban casados, sin haberse hablado una palabra; sus corazones se habían comprendido antes que sus labios hubieran aprendido á pronunciar una sílaba.

Vieron un paraíso entreabierto y se metieron en él de rondón.

Este acontecimiento no sorprenderá á quien haya contemplado á una preciosa judía en el meridiano de su juventud, con esa pureza de mirada y escultórica delicadeza de facciones que la hacen irresistible.

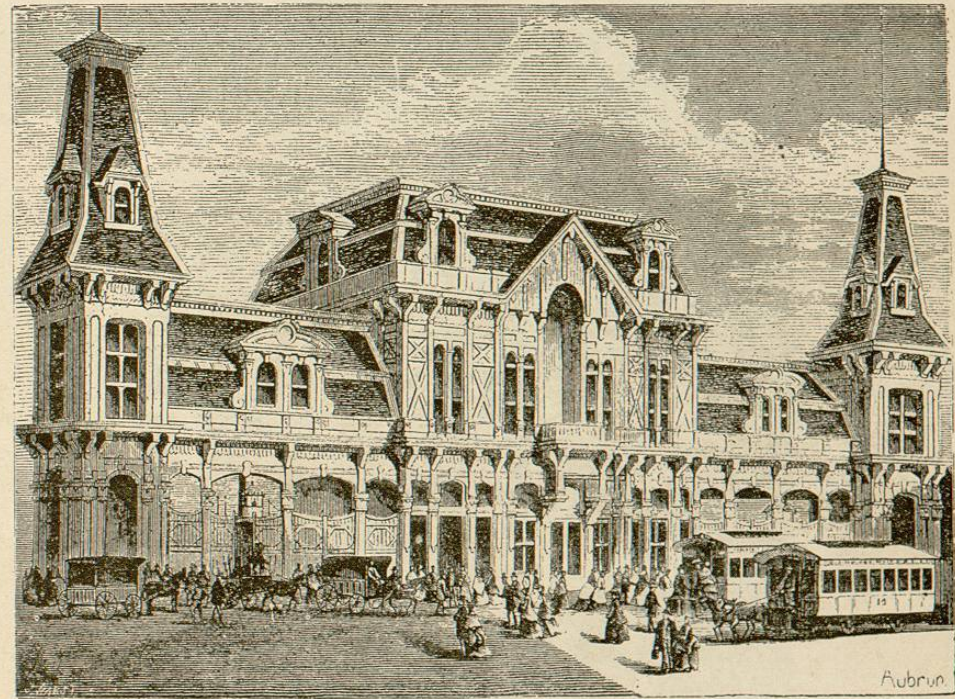
Desgraciadamente su adorado y tiránico reinado es de corta duración.

A los dos ó tres años de casada, una de esas preciosas judías, se convierte

en harpía: sus músculos se vuelven flácidos, su piel se arruga, su tez se mancha y su cabello se decolora.

Diríase que el Cristo ofendido del bromazo que le dieron los Judíos, se desquita haciéndoles probar por breve tiempo en sus mujeres las delicias del paraíso, para que sientan despues doblemente el bien que pierden.

Pero volyamos á Nueva York.



NUEVA YORK. DESEMBARCADERO DE FULTON.

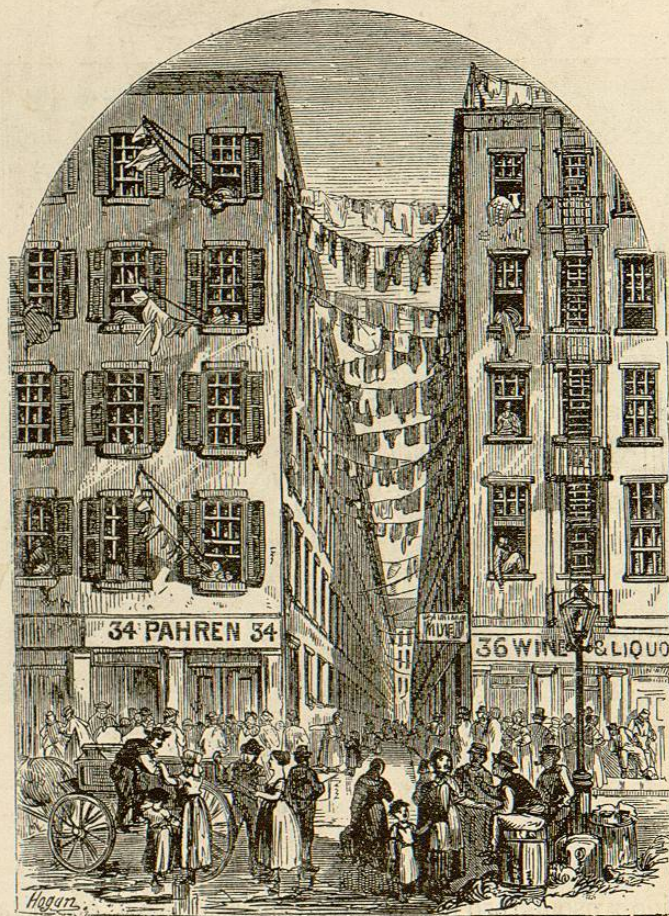
Todo el ruido y asombroso movimiento que se observa en esta ciudad durante la semana, se convierte el domingo, como pueblo protestante, en silencio y tristeza; los cafés, teatros, cantinas, casas de comercio, cuanto da animación y vida á esta gran población, están cerrados; las calles se ven escuetas; las avenidas, en las que, á causa de la mucha afluencia de gente, al que no anda aprisa le empujan, y en las que los caballos, carruajes y trasportes hormigean sin cesar, de la noche á la mañana se convierten en un desierto.

La ciudad parece una gran necrópolis, ó un cuadro incompleto, en el que el artista habiendo bosquejado las calles y edificios, le falta dibujar las personas.

Las construcciones y monumentos que más merecen visitarse son: la Nueva Oficina de Correos y la Catedral católica ó sea de San Patricio, que aun no

están concluidas, la Trinidad, el Nuevo Palacio de Justicia, las estatuas de Brown, Lincoln y Lafayette, la Casa Municipal, los edificios del Herald y la gran Opera.

Varias líneas de ferrocarriles aéreos cruzan en toda su longitud la ciudad; están los rieles al nivel del techo de las casas, sostenidos por gruesas y ele-

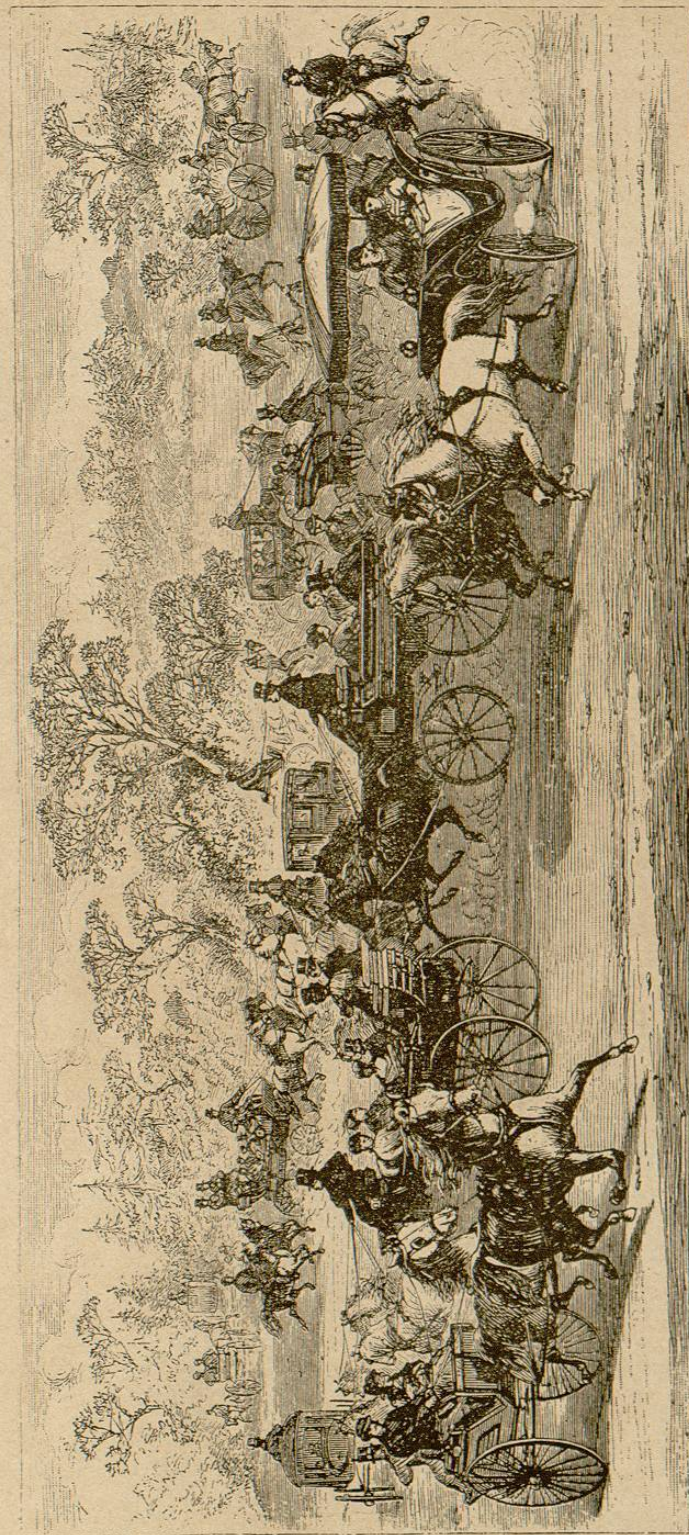


NUEVA YORK. CASAS DE VECINDARIO.

gantes columnas de hierro: los tranvías corren por todas las calles y avenidas, con excepción de Broadway, en donde los reemplazan los ómnibus.

El puente que debe unir á Nueva York con Brooklyn está en construcción, pero por el diseño se ve que será sorprendente; ya cuesta más de doce millones de pesos. Su altura sobre el nivel del río es de 135 pies, y su longitud de 5,989; se le considera el mayor del mundo.

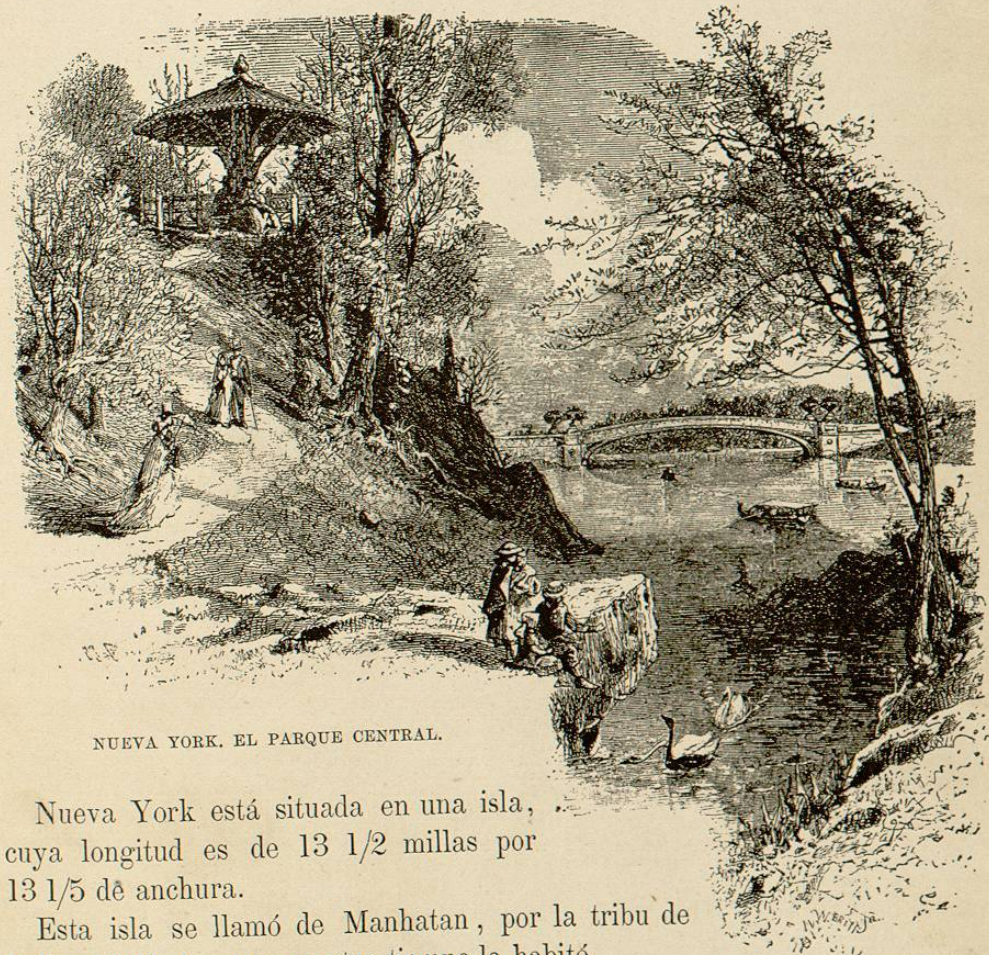
También es magnífico el Parque Central, paseo favorito de los habitantes de la ciudad.



Paris. — Imp. Ch. Usinger

NUEVA YORK. PASEO DEL PARQUE CENTRAL.

Los domingos, en que la costumbre religiosa abre un paréntesis en los negocios y diversiones del interior de la ciudad, la gente se esparce en el Parque Central, Jersey City, Long Island y Brooklyn, ó navega en los rios Este y Hudson que bañan la población al oriente y poniente, ó en el Harlem que la limita al norte y pone en comunicación los dos rios.



NUEVA YORK. EL PARQUE CENTRAL.

Nueva York está situada en una isla, cuya longitud es de 13 1/2 millas por 13 1/5 de anchura.

Esta isla se llamó de Manhattan, por la tribu de Indios Manhattan que en otro tiempo la habitó.

En 1614 sólo había en esta isla un fuerte y cuatro habitantes. ¡ qué sorprendente desarrollo en tan poco tiempo !

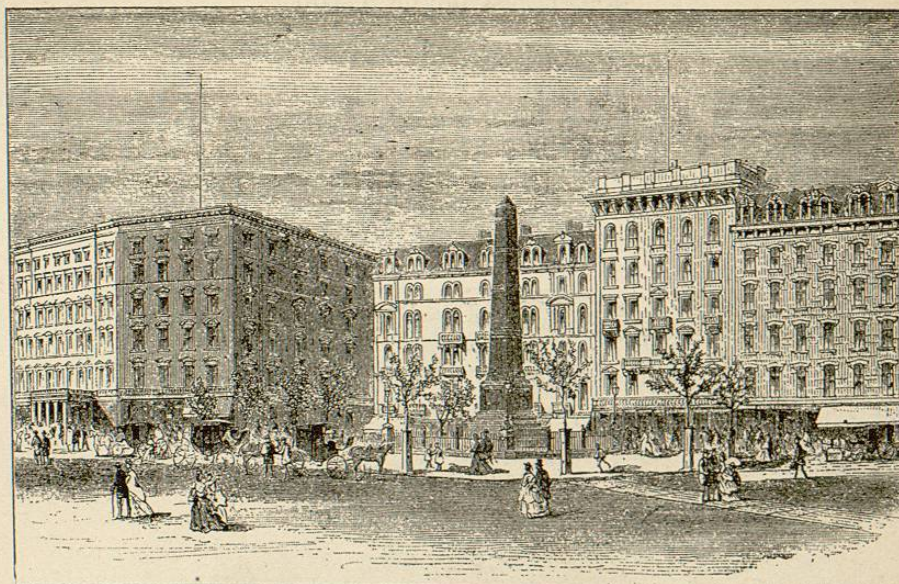
En Brooklyn hay un extenso y grandioso cementerio « Greenwood » donde los nichos, la verdura, los lagos y los monumentos se mezclan y combinan de tal manera que hacen de aquel recinto un oasis que convida á reposar.

Nunca había visto el lugar del último descanso con un aspecto tan poético y risueño. Allí no reposaba ningún pariente ni amigo mío, las inscripciones están en un idioma extranjero, y sin embargo sentí tal afecto á aquel sitio que hubiera querido no moverme más de allí. Deseaba que las cenizas

de mi padre tan querido, de mi adorada madre y de mi inolvidable amigo Platón Sánchez, estuviesen reunidas en uno de aquellos misteriosos nichos, sombreadas por aquel follaje y refrescadas por el ambiente de aquellos lagos... La entrada de la noche, hora en que se cierran las puertas de este cementerio, me hizo alejarme de un lugar á que me había llevado la curiosidad del turista y de donde volví con el corazón oprimido por mil recuerdos.



MÉXICO. *Tortilleras*, DE LA CLASE INDÍGENA.



NUEVA YORK. HOTEL DE LA QUINTA AVENIDA Y CASA HOFFMAN.

CAPÍTULO III.

DE NUEVA YORK Á LONDRES.

Travesía del Atlántico. — Joven neoyorkina. — Desembarco en Liverpool. — Hotel de la Habana. — Manchester. — Comercio inglés.

22 de Mayo.

A la cinco de la tarde salí de Nueva York para Liverpool á bordo del vapor *City of Richmond* de la línea Cunard.

La vista de la ciudad de Nueva York y su bahía, á unas tres millas de distancia por este rumbo, es imponente y grandiosa.

Al ponerse el sol, llamaron para la comida; los pasajeros que serán como cuatrocientos bajaron á la mesa; sólo quedamos sobre cubierta una hermosa joven neoyorkina y yo, que me encontraba algo mareado, no obstante estar el mar como un espejo.

Esta joven, alta, esbelta y primorosamente vestida, estaba apoyada con ambas manos en la barandilla: algunos rizos agitados por el viento azotaban su mejilla, y tenía la vista fija, inmóvil en los edificios de Nueva York que á cada momento parecían más y más pequeños.